

provocar con su aliento, á cada una de sus carcajadas, el apetito con tanta inteligencia encendido.

Cuando Sus Exce'lencias volvieron al salón la joven decía al levantarse, sin que se pudiese adivinar á qué frase respondía:

—¡Oh, señor, no se fie Vuestra Majestad; soy tan terca como una mula!

Rougón, á pesar de su contienda se volvió á París con Delestang y Clorinda, Esta parecía querer hacer las paces con él. No la dominaba ya aquella inquietud nerviosa que la impelía á los asuntos de conversación desagradables; hasta le miraba, de tanto en tanto, con una especie de compasión sonriente. Cuando el landó, en el Bosque inundado por el sol, rodó suavemente á orillas del lago, la joven se acomodó en su asiento, y murmuró exhalando un suspiro de satisfacción:

—¡Qué hermoso día hace hoy!

Y luego, después de haber permanecido un instante pensativa, preguntó á su marido:

—Dime ¿es cierto que tu hermana, la señora de Combelot, continúa enamorada del emperador?

—Enriqueta está loca—contestó Delestang, encojiéndose de hombros.

Rougón dió detalles sobre el particular.

—Sí, sí, siempre—dijo.—Cuéntase que una noche se echó á los pies de Su Majestad... El la levantó y la aconsejó que esperase...

—¡Pues bien! ya puede esperar sentada—exclamó gozosamente Clorinda.—Otras habrá antes que ella.

## XIII

Clorinda se hallaba entonces en una expansión de extravagancia y de poderío. Continuaba siendo la gran muchacha excéntrica que correteaba las calles de París en un trotón de alquiler, para conquistar un marido, pero la joven, convertida en mujer, con el busto desarrollado y fuerte de caderas, llevaba á cabo después, con toda pausa, los actos más extraordinarios, realizando por tal modo su ensueño, por tanto tiempo acariciado, de ser una potencia. Sus interminables correrías al fondo de los barrios más ignorados, sus correspondencias inundando de cartas hasta los rincones de Francia é Italia, su continuo roce con los personajes políticos en cuya amistad se ingería, toda aquella desordenada agitación llena de inconsecuencias, sin objeto lógico, habían concluído por alcanzarle una influencia real, indiscutible. Todavía echaba á volar cosas enormes, proyectos locos, esperanzas extravagantes, siempre que hablaba con seriedad; continuaba paseando su enorme cartera desvencijada, sujeta con bramantes, llevándola en sus brazos como si fuese una muñeca, y esto por modo tan formal y convencido, que los transeuntes se sonreían, al verla pasar con sus largas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. VES"  
Apdo. 1825 MONTERREY, CO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. VES"  
Apdo. 1825 MONTERREY, CO.

y sucias faldas. Sin embargo, había quien la consultaba y hasta quien la temía. Nadie habría podido decir á punto fijo de dónde obtenía su poder; había fuentes lejanas, múltiples, desaparecidas, á cuyo origen era muy difícil remontarse. Cuanto más, llegaban á saberse retazos de historias, anécdotas que se susurraban al oído. El conjunto de aquella singular criatura desaparecía; era una imaginación desquiciada, un buen sentido escuchado y obedecido, un cuerpo soberbio en donde se apoyaba quizás el único secreto de su soberanía. Por lo demás, poco importaba la base de la fortuna de Clorinda. Bastaba con que reinase, siquiera fuese como reina fantástica. Todos ante ella se inclinaban.

Aquella fué para la joven una época de dominación. En su casa, en su gabinete de tocado, en donde se veían en completo desorden hasta palanganas nada limpias, se centralizaba toda la política de las cortes de Europa. Antes que las embajadas, sin que adivinarse pudiera por qué vías, Clorinda recibía las noticias, los detallados informes, en que se contenían anuncios de las menores pulsaciones de la vida de los gobiernos. Así era que se hallaba rodeada de una especie de corte compuesta de banqueros, de diplomáticos, de íntimos, que acudían para ver si podían hacerla confesar. Los banqueros, sobre todo, se mostraban muy solícitos cortesanos. De un solo golpe hizo ganar á uno de ellos un centenar de millones, con la simple confidencia de un cambio de ministerio en una nación vecina. Miraba con desdén ciertos manejos de la menuda política; y contaba cuanto sabía, los chismes de la diplomacia, los embustes internacionales de las capitales, tan sólo por el placer de hablar y de demostrar que vigilaba á un tiempo á Turín, Viena, Madrid, Londres, has-

ta á Berlín y San Petersburgo; entonces surgía una oleada de informes inagotables acerca de la salud de los reyes, de sus amores, de sus costumbres, del personal político de cada país, de la crónica escandalosa del más pequeño ducado alemán. A los hombres de Estado juzgábalos con una sola frase, saltaba del Norte al Mediodía sin transición, removía con toda displicencia los reinos con las yemas de sus dedos, vivía en ellos como en su propia casa, como si la inmensa tierra, con sus ciudades, sus pueblos, se hubiese contenido en una caja de juguetes, de los cuales hubiese dispuesto á su capricho las casitas de cartón y los muñecos de madera. Luego, así que se callaba, molida con tanta charla, acababa por castañetear el pulgar con el dedo de en medio, acto que le era familiar, para dar á entender que todo aquello no valía ni el ligero ruido que producían sus dedos.

En aquel entonces, en medio del desorden de sus múltiples ocupaciones, lo que más la apasionaba, era un asunto de la mayor gravedad, del que se esforzaba en no hablar, sin poder, sin embargo, privarse del goce de ciertas alusiones. Quería Venecia. Cuando hablaba del gran ministro italiano, decía: «Cavour», en tono familiar. Y añadía: «Cavour no quería, pero he querido yo, y ha comprendido». Encerrábase mañana y tarde con el caballero Rusconi, en la embajada. Por lo demás, «el asunto» marchaba ahora á qué quieres boca. Y, con toda tranquilidad, echando atrás su frente de diosa, hablaba en una especie de sonambulismo, soltaba retazos de frases sin conexión; tan pronto dejaba adivinar una entrevista secreta entre el emperador y un hombre de Estado extranjero, como un proyecto de tratado de alianza, ciertos artículos

del cual se discutían aún, ó bien se anunciaba una guerra para la primavera próxima. Otros días se presentaba furiosa; daba puntapiés á las sillas, en su habitación, y empujaba las jofainas de su gabinete hasta romperlas; acometía una cólera de reina traicionada por ministros imbéciles, que ve andar su reino de mal en peor. En aquellos días extendía trágicamente su brazo desnudo y poderoso, con el puño cerrado, hacia el Sudeste, del lado de Italia, repitiendo «¡Ah! si yo me encontrara allí, no cometerían tantas atrocidades!»

Las inquietudes de la alta política no eran obstáculos para que Clorinda embistiese de frente toda clase de tareas, en las que parecía acabar por perderse. Encontrábasela con frecuencia sentada en la cama, con su enorme cartera vaciada sobre la colcha, y hundiéndose hasta los codos en el montón de papeles, con la cabeza perdida y llorando de rabia; no se conocía ya á sí misma en medio de aquél farrago de hojas sueltas, y á veces buscaba algún legajo extraviado, que encontraba por fin tras de un mueble, bajo algunas botinas viejas, con su ropa blanca sucia. Cuando salía para terminar un asunto, preparaba de paso dos ó tres aventuras más. Sus diligencias se complicaban, vivía en continua excitación, abandonándose á un turbión de ideas y de hechos, teniendo á sus plantas profundidades y complicaciones de intrigas desconocidas, insondables. Llegada la noche, después de días enteros de correrías al través de París, cuando entraba en su casa con las piernas destrozadas de tanto subir y bajar escaleras, arrastrando entre los pliegues de sus faldas los indefinibles olores de los ambientes que acababa de atravesar, nadie habría osado sospechar la mitad de los asuntos que la llevaban de un

extremo á otro de la ciudad; si se la interrogaba se echaba á reír; no siempre hacía memoria.

Entonces fué cuando concibió la extravagante idea de instalarse en un gabinete particular de uno de los grandes restaurantes del bulevar. El hotel de la calle del Coliseo—á lo que ella decía—se hallaba lejos de todo; ella quería un apeadero en un paraje céntrico; é hizo su despacho de negocios del gabinete particular. Durante dos meses, allí recibió, servida por jovencitos, encargados de introducir á los más encumbrados personajes. Funcionarios, embajadores, ministros, fueron presentándose en el restauran. Clorinda, muy á su sabor, hacía instalarse en un diván de asiento hundido cenado en el carnaval; ella permanecía sentada delante de la mesa, cuyo mantel estaba siempre puesto, llena de migas de pan y atestada de papeles. Allí acampaba como un general. Un día, acometida de una indisposición, fué tranquilamente á tenderse en los desvanes, en el cuarto del maestresala que la servía, un mocetón morenito, á quien permitía que la besara. Hasta cerca de media noche no consintió en volver á su casa.

Delestang, á pesar de los pesares, tenía por hombre feliz. Parecía como que ignoraba las excentricidades de su consorte. Poseíale á la sazón por completo y se servía de él á su mejor talante, sin que él se permitiese rezongar. Su temperamento le predisponía para tamaña servidumbre. Sentíase sobrado á sus anchas con el secreto abandono de su voluntad, para que pensase intentar una actitud levantisca. En la intimidad del hogar, él era quien por las mañanas, cuando había consentido en tolerarle á su lado, le prestaba al levantarse ciertos servicios; buscábale por doquiera, bajo los mue-

bles, las botinas extraviadas y desapareadas, y ponía patas arriba la ropa blanca de un armario, antes de dar con una camisa sin agujeros. Bastábale con conservar en sociedad su actitud de hombre sonriente al par que superior. Casi se le respetaba; tanto era lo que hablaba de su mujer, en tono de serenidad y de protección afectuosas.

Clorinda, convertida en dueña omnipotente, había concebido la idea de hacer venir á su madre de Turin; quería que en lo sucesivo la condesa Balbi pasase con ella seis meses cada año. ¡Qué súbita explosión de ternura filial se vió entonces! Volvió lo de arriba abajo en un piso del hotel, á fin de que la proveyta dama estuviese alojada lo más cerca posible de su habitación. Hasta se le ocurrió abrir una puerta de comunicación, que iba de su gabinete tocador á la alcoba de su madre. En presencia de Rougón, sobre todo, hacía alarde de su cariño con italiana exageración de expresiones cariñosas. ¿Cómo—decía,—había podido resignarse á vivir por tanto tiempo separada de la condesa, ella, que no la había dejado nunca ni una sola hora, antes de su matrimonio? Y se acusaba de la dureza de su corazón. Mas no era culpa suya; había tenido que ceder á consejos, á pretendidas necesidades, cuya significación no comprendía aún. Rougón, ante aquella rebelión, ni pestañeó siquiera. Ya no la catequizaba, ya no procuraba hacer de ella una de las mujeres más distinguidas de París. En otro tiempo, la joven había podido llenar el vacío de su existencia, cuando la fiebre de la ociosidad le encendía la sangre y despertaba los apetitos en sus miembros de luchador en reposo. Ahora ya, en plena batalla, apenas se ocupaba de semejantes cosas; su escasa sensualidad encontrá-

base devorada por sus catorce horas de trabajo diario. Seguía tratándola cariñosamente, con aquella pizca de desdén que otorgaba por regla general á las mujeres. Iba, no obstante, de cuando en cuando á verla, con los ojos como encendidos por el despertar de una antigua pasión siempre insaciada. Seguía siendo su vicio, la única carne que le perturbaba.

Desde que Rougón habitaba en el ministerio, en donde sus amigos se condolían de no poder ya encontrarle en la intimidad, á Clorinda se le puso en la cabeza recibir á sus amigos en su casa. Poco á poco establecióse la costumbre. Y, para mejor indicar que sus veladas reemplazaban á las de la calle de Marbeuf, eligió igualmente los domingos y jueves; solo, que en la calle del Coliseo, se permanecía hasta la una de la madrugada. Recibía en su gabinete, porque Delestang tenía siempre en su poder las llaves del gran salón, por miedo á las manchas de grasa. Mas, como el gabinete resultaba demasiado reducido, dejaba su alcoba y su cuarto tocador abiertos, tanto y tan bien, que muy á menudo se amontonaban los amigos en la alcoba, en medio de los pingajos que andaban de aquí para allá.

El gran interés de Clorinda, en jueves y domingos, se cifraba en llegar á casa lo más pronto posible, para comer en un santiamén y poder hacer los honores. A pesar de sus esfuerzos de memoria, aquel sistema no fué parte, en dos ocasiones, para olvidar tan por completo á sus invitados, que se quedó estupefacta al ver tanta gente en torno á su cama, cuando llegó pasada la media noche. En cambio un jueves, en los últimos días de mayo, como cosa extraordinaria, se presentó sobre las cinco;

había salido á pie, y había recibido el gran charrón desde la plaza de la Concordia, sin querer resignarse á pagar un simón de treinta sueldos para remontar los Campos Elíseos. Calada hasta los huesos, pasó en seguida á su cuarto tocador, en donde su doncella Antonia, con la boca embadurnada con un pastelillo de dulce, la desnudó, riendo á más no poder, por el chorrear de sus faldas, que llenaban el pavimento.

—Ahí está un caballero—dijo por último la doncella, cuando se hubo sentado en el suelo para quitarle las botinas. Una hora ha que está esperando.

Clorinda le preguntó las señas del caballero. Entonces Antonia se quedó en el suelo, mal peinada, con la ropa nada limpia y exhibiendo sus blancos dientes en su rostro moreno. El caballero era grueso, pálido y de severo aspecto.

—¡Ah! sí, el señor Reuthlinguer, el banquero—dijo la joven.—Es verdad, debía de venir á las cuatro.—Pues bien, que espere... Prepárame un baño ¿oyes?

Y se zambulló con toda tranquilidad en la bañera, oculta tras de una cortina, en el fondo del gabinete. Allí estuvo leyendo cartas que habían llegado durante su ausencia. Al cabo de larga media hora, Antonia, que había salido hacía algunos minutos, volvió á entrar diciendo:

—El caballero ha visto llegar á la señora, y desejaría mucho poder hablarle.

—¡Calle! es verdad, ya me olvidaba... ¡pobre barón!—dijo Clorinda, poniéndose de pie en medio de la bañera.—Vas á vestirme en seguida.

Pero aquella tarde se le antojaron caprichos de tocado extraordinarios. En medio del abandono en que dejaba su persona, solía entregarse á veces á

verdaderos accesos de ido'atría para con su cuerpo. Entonces inventaba los mayores refinamientos, desnuda ante el espejo, se hacía frotar los miembros con unguentos, con bálsamos y aceites aromáticos, por ella tan sólo conocidos, comprados en Constantinopla, en casa del perfumista del serrallo—según decía—por un diplomático italiano, amigo suyo. Y en tanto que Antonia la restregaba, tomaba actitudes de estatua. Todo aquéllo debía de producirle un cutis blanco, liso, imperecedero como el mármol; cierto aceite sobre todo, cuyas gotas contaba por sí misma en una muñeca de franela, tenía la milagrosa propiedad de hacer desaparecer en un periquete las menores arrugas. Por último se entregaba á un minucioso exámen de manos y pies. Un día entero habría empleado en adorarse.

No obstante, al cabo de tres cuartos de hora, cuando Antonia le hubo puesto camisa y enaguas, acordóse de súbito.

—¡Y el barón!... ¡Ah, tanto peor, hazle entrar! Bien sabe lo que es una mujer.

Hacía más de dos horas que el señor de Reuthlinguer esperaba en el gabinete, sentado con toda paciencia, con las manos enclavijadas sobre las rodillas. Caído de color, frío, de costumbres austeras, el banquero, poseedor de una de las más pingües fortunas de Europa, hacía por aquel modo antesala en casa de Clorinda, de algún tiempo á aquella parte, de dos á tres veces por semana. Hasta atrafala también á su casa, á aquel interior pudibundo y de rigorismo glacial, en donde el semi-desnudo de la joven consternaba á los criados.

—¡Buenos días, barón!—exclamó.—Me están peinando, cierre usted los ojos.

Estaba medio desnuda, con la camisa deslizada de

los hombros. El barón, con sus pálidos labios, le dirigió una sonrisa de indulgencia; y se mantuvo junto á ella, con los ojos fríos y serenos, inclinado con una cortesía de extremada urbanidad.

—Viene usted para saber noticias, ¿no es cierto?... Precisamente algo sé.

Levantóse y despidió á Antonia, quien le dejó el peine plantado en los cabellos. Sin duda temió aún ser oída, pues poniendo una mano en el hombro del banquero, se irguió y le habló al oído. El banquero, al escucharla, tenía los ojos fijos en su seno, que se ponía casi en contacto con su persona, mas él hacía la vista gorda y movía vivamente la cabeza.

—Aquí lo tiene usted—concluyó diciendo en voz alta.—Ahora puede usted marcharse, si es de su agrado.

El Crespo la cogió del brazo y la atrajo á sí, para pedirle ciertas explicaciones. No habría estado con más libertad en presencia de cualquiera de sus dependientes. Cuando se despidió de ella, la invitó para que fuese á comer á su casa al día siguiente; su mujer se fastidiaba si no la veía. Ella le acompañó hasta la puerta. Pero, súbitamente, cruzó los brazos sobre el pecho hecha una amapola, y exclamó:

—¡Muy bien! ¿pues no me iba con usted en este atavío?...

Entonces dió un empujón á Antonia. ¡Aquella muchacha no acababa nunca! Y apenas le dió tiempo para peinarla, diciendo que no le gustaba vivir como quien dice en el tocador. A pesar de la estación, quiso ponerse un largo vestido de terciopelo negro, una especie de blusa flotante, ceñida á la cintura por un cordón de seda roja. Una vez tras otra, habían ya subido para avisar á la señora que

la comida estaba en la mesa. Pero, al atravesar su habitación, encontróse allí con tres caballeros, cuya presencia en aquel sitio nadie sospechaba. Eran los tres refugiados políticos, los señores Brambilla, Staderino y Viscardi. Clorinda no pareció sorprendida en modo alguno al verlos allí.

—Qué ¿me están ustedes esperando hace mucho tiempo?—preguntó.

—Sí, sí,—contestaron moviendo lentamente la cabeza.

¡Como que habían llegado antes que el banquero! Y no habían hecho el menor ruido, como corresponde á personas taciturnas, á quienes las desventuras políticas han vuelto silenciosas y reflexivas. Sentados los tres en la misma silla larga, mascaban gruesos cigarros apagados, retrepados en igual postura. Habíanse levantado y rodearon á Clorinda. Tuvo lugar entonces, en voz baja, un rápido balbuceo de sílabas italianas. Parecía que les daba instrucciones. Uno de ellos tomó notas cifradas en un libro de apuntes, mientras que los otros, excitadísimos sin duda por lo que oían, ahogaban ligeros gritos, llevándose á la boca sus enguantados dedos. Después se fueron uno en pos de otro, con semblante misterioso.

Aquel jueves, por la noche, debía de realizarse una conferencia entre varios ministros, referente á un asunto de gran monta, á propósito de una cuestión de viabilidad. Delestang, al irse después de la comida, prometió á Clorinda llevar á Rougón; la joven hizo una mueca como para dar á entender que maldito lo que le importaba verle. No había mediado aún ninguna desavenencia, pero fingía una frialdad siempre en aumento.

Allá á las nueve, los señores Kahn y Béjuin lle-

garon los primeros, seguidos á poca distancia por madama Correur. Encontraron á Clorinda en su habitación, recostada en una silla larga. Quejábase de uno de esos males desconocidos y extraordinarios que la atacaban de súbito, de una hora á otra; aquella noche estaba en que había debido de tragarse una mosca al beber, sentíala revolotear en las reconditeces de su estómago. Envuelta en su gran blusa de terciopelo negro, con el cuerpo descansando sobre tres almohadas, aparecía de soberana hermosura, con el rostro blanco y los brazos desnudos, semejante á una de esas figuras recostadas que parecen soñar y que se ven adosadas á ciertos monumentos. A sus pies hallábase Luigi Pozzo, punteando suavemente las cuerdas de una guitarra; había dejado la pintura por la música.

—Siéntense ustedes—dijo entre dientes.—Ustedes me dispensarán. Un bicho se me ha colado aquí dentro, no sé cómo.

Pozzo continuaba punteando la guitarra y cantando muy bajito, con embelesado semblante y como abstraído en poética contemplación. Madama Correur arrastró un sillón al lado de la joven. Los señores Kahn y Béjuin acabaron por encontrar unas sillas desocupadas. No era empresa fácil el sentarse, pues los cinco ó seis asientos de la habitación desaparecían bajo montones de ropas. Así era que cuando el coronel Jobelin y su hijo Augusto se presentaron, tuvieron que permanecer en pie.

—Niño—dijo Clorinda á Augusto, á quien tuteaba siempre, á pesar de sus diez y siete años,—ve por dos sillas al cuarto tocador.

Eran sillas de rejilla, perdido el barniz á consecuencia de las ropas húmedas que sin cesar se echaban sobre sus respaldos. Una sola lámpara,

cubierta con encaje de papel color de rosa, iluminaba la habitación; otra se había puesto en el gabinete de tocado, y la tercera en el retrete particular, cuyas puertas, abiertas de par en par, permitían ver, como espacios crepusculares, estancias indecisas en que parecían andar mariposas. Hasta el mismo gabinete, en otro tiempo de malva claro, y al presente decaído hasta el gris sucio, parecía como si una compacta neblina se hallase suspendida en la atmósfera; distingúanse apenas girones de la tela arrancados de los muebles, restos de polvo sobre los mismos, una gran mancha de tinta ostentada en medio de la alfombra, debida á algún tintero que debió allí de caer salpicando las entabladuras; en el fondo las cortinas del lecho estaban corridas, para ocultar sin duda el desorden de los cubrecamas. Y, de aquella obscuridad se desprendía un penetrante olor, como si todos los frascos del gabinete de tocado hubiesen quedado destapados. A Clorinda se le ponía en la cabeza, aun en los tiempos más calurosos, el no abrir jamás una ventana.

—Se huele muy bien en las habitaciones de usted—decía madama Correur para lisonjearla.

—Quien huele bien soy yo—contestaba con ingenuidad la joven.

Y se puso á hablar de las esencias que tenía del mismísimo perfumista de las sultanas. Llevó uno de sus brazos á las narices de madama Correur. Su blusa de terciopelo negro se había deslizado un poco, dejando ver sus pies, calzados con babuchitas coloradas. Pozzo, medio desfallecido, embriagado por los penetrantes perfumes que de ella se exhalaban, tañía ligeramente su instrumento.

Entretanto, al cabo de unos minutos, la conver-

sación giró, como era de esperar, sobre Rougón. La banda se reunía únicamente para agotar aquel eterno asunto, un sordo y creciente rencor, una necesidad de desahogarse mediante recriminaciones sin fin. Clorinda ni siquiera se tomaba ya el trabajo de azuzarles; día por día se presentaban sus nuevos agravios, descontentos, celosos, agriados por todo cuanto Rougón había hecho por ellos, impelidos por una intensa fiebre de ingratitud.

—¿Ha visto usted hoy al hombre grande?—preguntó el coronel.

Ahora Rougón ya no era el gran hombre.

—No—contestó Clorinda,—tal vez le veamos esta noche. A mi marido se le ha antojado traérmelo.

—Esta tarde he ido á un café, en donde se le juzgaba con toda severidad—repuso el coronel tras de breve silencio.—Asegurábase que no se hallaba muy seguro y que antes de dos meses dejará el puesto.

El señor Kahn hizo un gesto de desdén, diciendo:

—Por mi parte no le doy ni tres semanas... Consideren ustedes que Rougón no es hombre de gobierno; tiene sobrada afición al poder, le embriaga y entonces pega á tontas y á locas, y administra á garrotazos con irritante brutalidad... En fin, de cinco meses á esta parte, ha cometido verdaderas monstruosidades.

—Sí, sí—interrumpió el coronel,—toda clase de desafueros, de injusticias, de absurdos... Abusa, abusa mucho más de la cuenta.

Madama Correur, sin hablar, se llevó los dedos á la frente para indicar que Rougón había perdido la chaveta.

—Así es—repuso el señor Kahn, fijándose en la

acción de madama Correur.—Aquella cabeza no anda muy segura, ¿verdad que no?

Y el señor Béjuin, á quien miraban, se creyó obligado á soltar la suya.

—No mucho—murmuró,—ni mucho ni poco.

Clorinda, con la cabeza echada sobre las almohadas, se fijaba en el luminoso círculo que la lámpara dibujaba en el techo, y les dejaba que se despachasen á su gusto. Así que se callaron, dijo á su vez, para excitarles más aún:

—No hay duda que ha abusado, mas él asegura que cuanto se le echa en cara lo ha hecho con el solo objeto de favorecer á sus amigos... En este sentido hablaba yo con él días pasados. Los servicios que ha prestado á ustedes...

—¡A nosotros! ¡á nosotros!—exclamaron hechos verdaderas furias, los cuatro á la vez.

Hablaban todos á un tiempo, queriendo protestar sin perder momento; pero el señor Kahn gritaba más fuerte que todos.

—¡Los servicios que me ha prestado! ¡qué irrisión!... Tuve que estar esperando mi concesión nada menos que dos años, y aquello me arruinó. El negocio, que era soberbio, se convirtió, como quien dice, en agua de cerrajas... Ya que en tanta estimación me tiene, ¿por qué no viene ahora en mi ayuda? Le he pedido que obtenga del emperador una ley autorizando la fusión de mi compañía con la del ferrocarril del Oeste; y me ha contestado que había que esperar... ¡Los servicios de Rougón! ¡ah! ¡yo querría verlos! ¡En su vida ha hecho nada y nada puede ya hacer!

—¡Pues y yo, y yo!—repuso el coronel, quitando con un gesto la palabra á madama Correur,—pues ¡y yo! ¿creen ustedes que le debo maldita la



cosa? No creo que se refiera á aquel grado de comendador que se me tenía prometido desde hacía cinco años... Colocó á Augusto en sus oficinas, es verdad, mas hoy me arrepiento como de una mala acción, pues si lo hubiese dedicado á la industria, hoy día ganaría el doble... Ese animal de Rougón me dijo ayer que no se podía aumentar el sueldo á Augusto antes de diez meses. ¡Y así es como arruina su crédito por sus amigos!

Madama Correur consiguió por último desahogarse. Habíase inclinado hacia Clorinda.

—Diga usted, señora, ¿no me ha nombrado á mí?—Nunca recibí la menor cosa de él. Todavía espero conocer el color de sus favores. No puede él decir lo mismo, y si yo quisiese hablar... Es verdad que los he solicitado para muchas de mis amigas, no lo niego; me desvivo por complacer. Pues bien, ahí va una observación que he hecho: cuantas gracias concede redundan en mal; sus favores parece que tienen mala sombra. Así ha sucedido con la pobre Herminia Vilelcoq, antigua educanda de Saint-Denis, seducida por un oficial, y para la cual Rougón había encontrado un dote; pues he aquí que la interesada ha venido esta mañana á contarme una catástrofe; ya no se casa, el oficial ha tomado las de villadiego, después de haberse gastado los cuartos... Fíjense ustedes, siempre para los demás, nunca para mí. Ultimamente, cuando volví de Coulonges con mi herencia, tuve la ocurrencia de ir á contarle los manejos de la señora de Martineau. Yo pretendía, en las particiones, la casa en que nació, pero aquella mujer se ha compuesto de modo que se ha quedado con la finca... ¿Saben con lo que Rougón me ha salido por toda respuesta? Pues me ha dicho

una, dos y hasta tres veces, que no quiere ocuparse más de tan fea historia.

Entretanto, el señor Béjuin también se agitaba, y balbucía:

—A mí me ha sucedido lo propio que á madama... Nunca he pedido nada ¡nunca, nunca! Cuanto ha podido hacer en favor mío, ha sido á mi pesar, sin que yo lo sepa. Se aprovecha de que nada se dice para «acapararle» á uno, eso es, para «acapararle»...

Su voz se extinguía en su tartajeo especial. Y los cuatro caballeros continuaban moviendo á un lado y otro la cabeza. Luego, el señor Kahn fué quien volvió al mismo tiempo con solemne acento:

—La verdad, como verán ustedes, no es ni más ni menos que la que van ustedes á oír... Rougón es un ingrato. Ustedes se acordarán de la época aquella en que todos nosotros azotábamos las calles de París para elevarle al ministerio. ¡Ah! ¿mostramos poca abnegación en defensa de su causa, hasta el punto de perder nuestros medios de subsistencia? En aquel entonces contrajo con nosotros una sagrada deuda que en toda su vida podría llegarnos á pagar. ¡Pardiez! hoy el agradecimiento para él es una carga pesada, y nos abandona. Esto debía de suceder.

—Sí, sí, nos lo debe todo—gritaron los demás.— ¡Vaya una manera de recompensarnos!

Durante unos instantes, le aplastaron con la enumeración de cuanto por él habían hecho; cuando uno de ellos callaba, otro recordaba un detalle más abrumador todavía. El coronel, entretanto, se inquietó de repente por su hijo Augusto; el joven no se encontraba ya en la habitación. En esto, un ruido especial llegó del gabinete de tocado, una especie de chapuceo suave y continuo. El coronel se

apresuró á ir á ver lo que pasaba, y encontró al incauto joven muy interesado por la bañera que Antonia se había olvidado de vaciar. Allí flotaban rodajas de limón, de las que Clorinda se había servido para limpiarse las uñas; y Augusto metía los dedos y los olía con sensualidad de colegial.

—Es insoportable ese muchacho—decía en voz baja Clorinda.—Todo lo revuelve.

—¡Dios mío!—continuó madama Correur, quien parecía haber esperado la salida del coronel,—lo que á Rougón le falta sobre todo, es tacto... Aquí para entre nosotros, ya que el bizarro coronel no está aquí, Rougón ha cometido el mayor de sus errores al colocar á ese joven en el ministerio, pasando por encima de todas las formalidades. No se debe conceder á los amigos cierta clase de servicios, porque se pierde la buena reputación.

Pero Clorinda le cortó la palabra, diciendo:

—Querida señora, hágame el favor de ir á ver lo que hacen.

El señor Kahn se sonreía. En cuanto madama Correur desapareció, bajó la voz á su vez:

—¡Es encantadora!... El coronel se ha visto colmado de favores por Rougón. Pero, lo que es ella, no tiene ni poco ni mucho que quejarse. Por ella Rougón se comprometió seriamente á causa de aquel desagradable asunto de Martineau, dió pruebas de poca moralidad. No se mata á un hombre así como así, para complacer á una amiga por antigua que sea, ¿no le parece á usted?

Habíase levantado y andaba pasito á paso. Después, volvió á la antesala para tomar su petaca del gabán. El coronel y madama Correur volvían al gabinete.

—¡Calle! Kahn se ha eclipsado—dijo el coronel.

Y, sin transición alguna, exclamó:

—Nosotros nos basamos y sobramos para quitar el pellejo á Rougón; pero, en cuanto á Kahn, mejor sería que se hiciese el muerto. No estoy por la gente que no tiene corazón. Hace un instante evité hablar. Pero en el café en donde pasé las primeras horas de la tarde, decíase sin reticencias de ninguna clase que Rougón caía por haber prestado su nombre á aquel gran chanchullo del ferrocarril de Niort á Angers. ¡Y ese imbécil de hombrón que va á disparar petardos y á pronunciar discursos quilométricos, en los cuales hasta se permite comprometer la responsabilidad del emperador!... Y no hay más, mis buenos amigos. El señor Kahn es quien nos ha metido en semejante berengenal. ¡Eh, señor Béjuin! ¿no opina usted del mismo modo?

El señor Béjuin se apresuró á decir que sí con la cabeza. Ya había manifestado toda su adhesión á las palabras de madama Correur y del señor Kahn. Clorinda, con la cabeza siempre echada atrás, se entretenía en morder la borla de su cinturón, la que paseaba por su rostro como para hacerse cosquillas; y se reía con tanto ojo abierto, mirando silenciosamente al aire.

—¡Chist!

El señor Kahn volvía cortando con los dientes la punta de su cigarro. Lo encendió y dejó escapar tres ó cuatro grandes bocanadas; se fumaba en la habitación de la joven. En seguida repuso, como continuando la conversación:

—Por último, si Rougón estima que ha debilitado su poder por servirnos, yo aquí declaro que por el contrario, nos ha hecho muy flacos servicios, pues nos vemos en gran manera comprometidos con su dichosa protección. Tiene un modo tan brutal de

hacer progresar á las personas, que acaba casi por aplastarles las narices contra la pared... Por lo demás, á pesar de sus puñetazos capaces de aterrar un buey, vedle de nuevo por el suelo. ¡Gracias mill por mi parte no ardo en deseos de volverlo á levantar. Cuando un hombre no sabe conservar y aprovechar su crédito, es porque carece de ideas fijas y claras. Nos compromete, ¿lo oyen ustedes? ¡nos compromete!... Yo, á fe mía, tengo sobre mi responsabilidades de gran peso, y le abandono.

Vacilaba no obstante, debilitábasele la voz, mientras que el coronel y madama Correur bajaban la cabeza, para evitar sin duda el tener que pronunciarse con tanta lisura. En resumen, Rougón continuaba sin moverse del ministerio; y luego, para dejarle, menester habría sido apoyarse en alguna otra omnipotencia.

—No hay otro como el hombrón—dijo con negligencia Clorinda.

Todos la miraron con la esperanza de que se insinuase con un empeño más formal. Lo que hizo fué tan solo un sencillo gesto como para pedirles que tuviesen un poco de paciencia. Aquella promesa táctica de una nueva profecía, cuyos beneficios lloverían sobre ellos, constituía en el fondo el gran motivo de la asiduidad de todos ellos, á los jueves y domingos de la joven. Olfateaban un cercano triunfo en aquella habitación de los olores penetrantes. Creyendo haber gastado á Rougón satisfaciendo sus primeros ensueños, esperaban ahora el advenimiento de algún poder joven, que haría que viesan realizados sus nuevos anhelos, extraordinariamente multiplicados y engrandecidos.

Entretanto Clorinda se había incorporado sobre las almohadas, y, acodada en el brazo del confidente,

inclinóse de súbito hacia Pozzo y le sopló en el cuello, con estrepitosas carcajadas, como dominada por loca alegría. Cuando estaba muy contenta la acometían aquellas repentinas risas de niño chiquitín. Pozzo, cuya mano parecía haberse dormido sobre la guitarra, echó atrás la cabeza enseñando sus dientes de bello italiano; estremecíase como halagado por la caricia de aquel embalsamado hálito, mientras que la joven se reía cada vez más fuerte y soplabla con más ahinco, como para obligarle á que pidiese gracia. Y luego, después de haberle referido en italiano, agregó volviéndose hacia madama Correur:

—Hay que hacerle cantar, ¿no le parece á usted? Si canta, no le soplaré más, le dejaré tranquilo... Ha compuesto una canción lindísima.

Entonces todos á una pidieron la canción. Pozzo volvió á puntear la guitarra; y cantó con los ojos fijos en Clorinda. Era un murmurio apasionado, acompañado de ligeras notas; las palabras italianas, suspiradas, trémulas, no se entendían; en la última estrofa, de sufrimiento amoroso sin duda, Pozzo, cuya voz se revestía de sombrío acento, permaneció con los labios sonrientes, con semblante de desesperado arrobamiento. Cuando concluyó aplaudiósele con entusiasmo. ¿Por qué no mandaba imprimir cosas tan lindas? Su situación en la diplomacia no debía de ser ningún obstáculo.

—Yo conocí un capitán que hizo representar una ópera—dijo el coronel Jobelin—y no por eso se le miró mal en el regimiento.

—Sí, pero la diplomacia...—dijo entredientes madama Correur meneando la cabeza.

—¡Diantre! creo que se equivoca usted de medio á medio—se apresuró á decir el señor Kahn.